

BLASCO Ibáñez escribió "La barraca" en el crucial año de 1898, tras un período de su vida particularmente agitado. Perseguido por su militancia republicana radical, hubo de pasar cuatro días escondido en el desván de un correligionario, escapar de España y exiliarse durante tres meses en Italia. A su vuelta, fue detenido, juzgado y condenado a varios años de cárcel. Pasó en prisión doce meses, tratado, como él mismo afirma, con "los rigores de una severidad intencionada y cruel". Elegido después diputado por Valencia, hubo de recurrir a su inmunidad parlamentaria para no ser detenido de nuevo.

Estos últimos años del siglo, encontraron a Blasco en plena febril actividad no sólo política, sino periodística y literaria. Son los años en que se escribía diariamente el periódico "El Pueblo". Cada madrugada, tras el cierre del diario, Blasco retornaba a su actividad literaria. Así escribió "La barraca" sobre un cuento anterior titulado "Venganza moruna".

De alguna manera esta obra fue un antecedente de las novelas directamente sociales y revolucionarias que escribió entre 1903 y 1905. Probablemente, por primera vez, plantea Blasco un problema de lucha de clases y lo hace de una forma peculiar que curiosamente no volverá a repetir en su vida. En "La bodega", "La catedral", "El intruso", y "La horda" su estilo será mucho más directo y didáctico. No dejará el menor resquicio para el equívoco. En "La barraca" es distinto.

El, que conocía y manejaba mejor que nadie las posibilidades y los recursos del folletín, se le ocurrió una novela en la que el villano, un esquirol en este caso, estuviera pintado con las mejores cualidades de honradez, bondad y laboriosidad; acuciado, además, por la condición de auténtica miseria padecida por su familia que le impulsa a aceptar el trabajo maldito. De la misma manera, una colectividad solidaria, enfrentada a la explotación de los patronos, está representada y capitaneada por el achulado y violento "Pimentó", vago y explotador de mujeres por



Convertir un drama rural naturalista en "Ama Rosa" y transformar una novela de izquierdas en un relato de derechas es algo que sólo el tamiz de la televisión puede conseguir.

TVE: "LA BARRACA"

Blasco Ibáñez en versión UCD

RAMIRO CRISTOBAL

añadidura. Hizo, en este sentido, algo así como el "antifolletín". Sin que por eso quede menos claro que es la puntualidad en pagar los arriendos y la puesta en marcha del campo ajeno, realizada por este trabajador modelo, lo que da valor a los patronos para exigir a los demás. En varios parlamentos de la novela se hace alusión explícita a esta paradoja social, a esta dialéctica entre clase e individuo. Por extraño que pueda parecer no es, pues, Batiste el héroe, sino el traidor a su clase. Así como los labradores de la Huerta no ejercen gratuitamente la violencia, sino que son justos en su sacrificio de uno para salvar a muchos. Al menos así lo vio el autor y su intención queda meridiana para cualquiera que desee leer imparcialmente la novela.

En televisión, sin embargo, no se ha considerado de tal forma. Escamoteando hábilmente el problema social de fondo, la novela ha quedado reducida a la desesperada defensa de un hombre honrado contra unos cuantos delincuentes que no se sabe bien por qué causa desean acabar con él y su familia. Esto sin aludir al edulcoramiento del ambiente general que en Blasco es extremadamente

duro, con una rudeza naturalista, que a veces recuerda la de Zola, en "La Tierra". Ni las relaciones amorosas televisivas de los jóvenes Tonet y Roseta tienen nada que ver con las de la novela; ni la convivencia de Batiste con su mujer y familia, que en la novela están presididas por la austeridad y el hieratismo del mundo rural y de las personas que deben trabajar mucho para comer. En la versión de Mur Oti, Batiste se parece más a un ejecutivo sentimental y cuarentón, por más que se haya esforzado en que acabe sus frases en "ao".

También habrá resultado extraño para muchos que, siendo Blasco uno de los escritores más rabiosamente anticlerical, además de masón y ateo, haga dialogar tan frecuentemente a su personaje con el cielo o el crucifijo. Eso sin olvidar aquella inefable escena en la que las jóvenes que van a la fábrica de seda, van cantando el Ave María. Desde luego, que no es así en la novela, en la que sólo hay alusiones a un catolicismo supersticioso y casi pagano, propio de muchas zonas rurales, y la escena del Ave María es bastante distinta: las jóvenes hilanderas marchaban hacia las fábricas de seda "chillando —dice el au-

tor— todas a coro cada vez que algún mocetón las saludaba desde los campos vecinos con ingenuas palabras amorosas".

En fin, convertir un drama rural naturalista en "Ama Rosa" y transformar una novela de izquierdas en un relato de derechas, es algo que sólo el tamiz de la televisión puede conseguir. Por añadidura, haber dado un tono de hondo catolicismo a "La barraca" es algo que estará haciendo remover los huesos del pobre Blasco en su tumba. Por si acaso no bastaron las persecuciones y censuras en vida y en muerte, aún debe aguantar la tergiversación fundamental de la obra. Queda por saber por qué se eligió precisamente "La barraca", la obra que podía ser más equívoca de Blasco, para sacar los nueve capítulos de "Grandes relatos".

Y él y nosotros, sufridos espectadores, no acabamos de comprender por qué hemos de tragarnos un capítulo casi entero de conversación lacrimosa con un caballo moribundo. Y es que —hay que pensar— para la televisión que pagamos entre todos, un caballo que se muere merece mucho más respeto que un escritor de novelas y que el resto de los españoles sobrevivientes.